
La Barcarola



Seix Barral Biblioteca Breve

Pablo Neruda
La Barcarola

COMIENZA LA BARCAROLA:

TE AMO.

AMANTE, te amo y me amas y te amo:
son cortos los días, los meses, la lluvia, los trenes:
son altas las casas, los árboles, y somos más altos:
se acerca en la arena la espuma que quiere besarte:
transmigran las aves de los archipiélagos
y crecen en mi corazón tus raíces de trigo.

No hay duda, amor mío, que la tempestad de
Septiembre
cayó con su hierro oxidado sobre tu cabeza
y cuando, entre rachas de espinas te vi caminando
indefensa,
tomé tu guitarra de ámbar, me puse a tu lado,
sintiendo que yo no podía cantar sin tu boca,
que yo me moría si no me mirabas llorando en la
lluvia.

Porque los quebrantos de amor a la orilla del río,
porque la cantata que en pleno crepúsculo ardía en
mi sombra,
por qué se encerraron en ti, chillaneja fragante,
y restituyeron el don y el aroma que necesitaba
mi traje gastado por tantas batallas de invierno?

EN LAS CALLES DE PRAGA

Recuerdas las calles de Praga qué duras sonaban
como si tambores de piedra sonaran en la soledad
de aquel que a través de los mares buscó tu
recuerdo:
tu imagen encima del puente San Carlos era una
naranja.

Entonces cruzamos la nieve de siete fronteras
desde Budapest que agregaba rosales y pan a su
estirpe
hasta que los amantes, tú y yo, perseguidos,
sedientos y hambrientos,
nos reconocimos hiriéndonos con dientes y besos y
espadas.

Oh días cortados por las cimitarras del fuego y la
furia
sufriendo el amante y la amante sin tregua y sin
llanto
como si el sentimiento se hubiera enterrado en un
páramo entre las ortigas
y cada expresión se turbara quemándose y
volviéndose lava.

LAS HERIDAS

Fue la ofensa tal vez del amor escondido y tal vez la
incerteza, el dolor vacilante,
el temer a la herida que no solamente tu piel y mi
piel traspasara,
sino que llegara a instalar una lágrima ronca en los
párpados de la que me amó,
lo cierto es que ya no teníamos ni cielo ni sombra ni
rama de rojo ciruelo con fruto y rocío

y solo la ira de los callejones que no tienen puertas
entraba y salía en mi alma
sin saber dónde ir ni volver sin matar o morir.

LOS VERSOS DEL CAPITÁN

Oh dolor que envolvieron relámpagos y fueron
guardándose
en los versos aquellos, fugaces y duros, floridos y
amargos,
en que un Capitán cuyos ojos esconde una máscara
negra
te ama, oh amor, arrancándose con manos heridas
las llamas que queman, las lanzas de sangre y
suplicio.

Pero luego un panal sustituye a la piedra del muro
arañado:
frente a frente, de pronto sentimos la impura
miseria
de dar a los otros la miel que buscábamos por agua
y por fuego,
por tierra y por luna, por aire y por hierro, por
sangre y por ira:
entonces al fondo de tú y al fondo de yo
descubrimos que estábamos ciegos
adentro de un pozo que ardía con nuestras tinieblas.

COMBATE DE ITALIA

Europa vestida de viejas violetas y torres de estirpe
agobiada
nos hizo volar en su ola de ilustres pasiones
y en Roma las flores, las voces, la noche iracunda,
los nobles hermanos que me rescataron de la Policía:

mas pronto se abrieron los brazos de Italia
abrazándonos
con sus jazmineros crecidos en grietas de roca
y su paroxismo de ojos que nos enseñaron a mirar el
mundo.

LOS AMANTES DE CAPRI

La isla sostiene en su centro el alma como una
moneda
que el tiempo y el viento limpiaron dejándola pura
como almendra intacta y agreste cortada en la piel
del zafiro
y allí nuestro amor fue la torre invisible que tiembla
en el humo,
el orbe vacío detuvo su cola estrellada y la red con
los peces del cielo
porque los amantes de Capri cerraron los ojos y un
ronco relámpago clavó en el silbante circuito
marino
al miedo que huyó desangrándose y herido de
muerte
como la amenaza de un pez espantoso por súbito
arpón derrotado:
y luego en la miel oceánica navega la estatua de
proa,
desnuda, enlazada por el incitante ciclón masculino.

DESCRIPCIÓN DE CAPRI

La viña en la roca, las grietas del musgo, los muros
que enredan
las enredaderas, los plintos de flor y de piedra:
la isla es la cítara que fue colocada en la altura
sonora

y cuerda por cuerda la luz ensayó desde el día
remoto
su voz, el color de las letras del día,
y de su fragante recinto volaba la aurora
derribando el rocío y abriendo los ojos de Europa.

TÚ ENTRE LOS QUE PARECÍAN EXTRAÑOS

Tú, clara y oscura, Matilde morena y dorada,
parecida al trigo y al vino y al pan de la patria,
allí en los caminos abiertos por reinos después
devorados,
hacías cantar tus caderas y te parecías, antigua y
terrestre araucana,
al ánfora pura que ardió con el vino en aquella
comarca
y te conocía el aceite insigne de las cacerolas
y las amapolas creciendo en el polen de antiguos
arados
te reconocían y se balanceaban
bailando en tus pies rumorosos.
Porque son los misterios del pueblo ser uno y ser
todos
e igual es tu madre campestre que yace en las gredas
de Ñuble
a la ráfaga etrusca que mueve las trenzas tirrenas
y tú eres un cántaro negro de Quinchamalí o de
Pompeya
erigido por manos profundas que no tienen nombre:
por eso al besarte, amor mío, y apretar con mis
labios tu boca,
en tu boca me diste la sombra y la música del barro
terrestre.

LOS SUEÑOS

Hermana del agua empeñada y de sus adversarias
las piedras del río, la arcilla evidente, la tosca
madera:
cuando levantabas soñando la frente en la noche de
Capri
caían espigas de tu cabellera, y en mi pensamiento
volaba el hipnótico enjambre del campo de Chile:
mi sueño desviaba sus trenes hacia Antofagasta:
entraban lloviendo en el alba de Pillanlelún,
allí donde el río recoge el olor de la vieja curtiembre
y la lluvia salpica el recinto de los derribados.

LA NOSTALGIA

De aquellas aldeas que cruza el invierno y los
ferrocarriles
invicto salía a pesar de los años mi oscuro
relámpago
que aún ilumina las calles adversas en donde se
unieron el frío
y el barro como las dos alas de un ave terrible:
ahora al llegar a mi vida tu aroma escarlata
tembló mi memoria en la sombra perdida como si
en el bosque
rompiera un eléctrico canto la palpitación de la
tierra.

EL DESTIERRO

Porque, bienamada, es el hombre que canta el que
muere muriendo sin muerte
cuando ya no tocaron sus brazos las originarias
tormentas,

cuando ya no quemaron sus ojos los intermitentes
conflictos natales
o cuando la patria evasiva negó al desterrado su
copa de amor y aspereza
no muere y se muere el que canta, y padece
muriendo y viviendo el que canta.

LA DULCE PATRIA

La tierra, mi tierra, mi barro, la luz sanguinaria del
orto volcánico
la paz claudicante del día y la noche de los
terremotos,
el boldo, el laurel, la araucaria ocupando el perfil del
planeta,
el pastel de maíz, la corvina saliendo del horno
silvestre,
el latido del cóndor subiendo en la ascética piel de la
nieve,
el collar de los ríos que ostentan las uvas de lagos
sin nombre,
los patos salvajes que emigran al polo magnético
rayando el crepúsculo de los litorales,
el hombre y su esposa que leen después de comida
novelas heroicas,
las calles de Rengo, Rancagua, Renaico, Loncoche,
el humo del campo en otoño cerca de Quirihue,
allí donde mi alma parece una pobre guitarra que
llora
cantando y cayendo la tarde en las aguas oscuras del
río.

EL AMOR

Te amé sin por qué, sin de dónde, te amé sin mirar,
sin medida,
y yo no sabía que oía la voz de la férrea distancia,
el eco llamando a la greda que canta por las
cordilleras,
yo no suponía, chilena, que tú eras mis propias
raíces,
yo sin saber cómo entre idiomas ajenos leí el
alfabeto
que tus pies menudos dejaban andando en la arena
y tú sin tocarme acudías al centro del bosque
invisible
a marcar el árbol de cuya corteza volaba el aroma
perdido.

RESURRECCIONES

Amiga, es tu beso el que canta como una campana
en el agua
de la catedral sumergida por cuyas ventanas
entraban los peces sin ojos, las algas viciosas,
abajo en el lodo del lago Llanquihue que adora la
nieve,
tu beso despierta el sonido y propaga a las islas del
viento
una incubación de nenúfar y sol submarino.
Así del letargo creció la corriente que nombra las
cosas:
tu amor sacudió los metales que hundió la
catástrofe:
tu amor amasó las palabras, dispuso el color de la
arena,
y se levantó en el abismo la torre terrestre y celeste.

EL CANTO

La torre del pan, la estructura que el arco construye
en la altura
con la melodía elevando su fértil firmeza
y el pétalo duro del canto creciendo en la rosa,
así tu presencia y tu ausencia y el peso de tu
cabellera,
el fresco calor de tu cuerpo de avena en la cama,
la piel victoriosa que tu primavera dispuso al
costado
de mi corazón que golpeaba en la piedra del muro,
el firme contacto de trigo y de oro de tus asoleadas
caderas,
tu voz derramando dulzura salvaje como una
cascada,
tu boca que amó la presión de mis besos tardíos,
fue como si el día y la noche cortaran su nudo
mostrando entreabierta
la puerta que une y separa a la luz de la sombra
y por la abertura asomara el distante dominio
que el hombre buscaba picando la piedra, la sombra,
el vacío.

PODERES

Tal vez el amor restituye un cristal quebrantado en
el fondo
del ser, una sal esparcida y perdida
y aparece entre sangre y silencio como la criatura
el poder que no impera sino adentro del goce y del
alma
y así en este equilibrio podría fundarse una abeja
o encerrar las conquistas de todos los tiempos en
una amapola,

porque así de infinito es no amar y esperar a la
orilla de un río redondo
y así son transmutados los vínculos en el mínimo
reino recién descubierto.

REGRESO

Amor mío, en el mar navegamos de vuelta a la raza,
a la herencia, al volcán y al recinto, al idioma
dormido
que se nos salía por la cabellera en las tierra ajenas:
el mar palpitaba como una nodriza repleta:
los senos atlánticos sostienen el mínimo barco de
los pasajeros
y apenas sonríen los desconocidos bebiendo
sustancias heladas,
trombones y misas y máscaras, comidas rituales,
rumores,
cada uno se amarra a su olvido con su predilecta
cadena
y los entresíos del disimulado de oreja furtiva
la cesta de hierro nos lleva palpando y cortando el
océano.

LOS BARCOS

Como en el mercado se tiran al saco carbón y
cebollas,
alcohol, parafina, papas, zanahorias, chuletas,
aceite, naranjas,
el barco es el vago desorden en donde cayeron
melifluas robustas, hambrientos tahúres, popes,
mercaderes:
a veces deciden mirar el océano que se ha detenido
como un queso azul que amenaza con ojos espesos

y el terror de lo inmóvil penetra en la frente de los
pasajeros:
cada hombre desea gastar los zapatos, los pies y los
huesos,
moverse en su horrible infinito hasta que ya no
exista.
Termina el peligro, la nave circula en el agua del
círculo
y lejos asoman las torres de plata de Montevideo.

DATITLA

Amor, bienamada, a la luz solitaria y la arena de
invierno
recuerdas Datitla? Los pinos oscuros, la lluvia
uruguaya que moja el graznido
de los benteveos, la súbita luz de la naturaleza
que clava con rayos la noche y la llena de párpados
rotos
y de fogonazos y supersticiosos relámpagos verdes
hasta que cegados por el resplandor de sus libros
eléctricos
nos dábamos vueltas en sueños que el cielo
horadaba y cubría.

Los Mántaras fueron presencia y ausencia, arboleda
invisible
de frutos visibles, la casa copiosa de la soledad,
las claves de amigo y amiga ponían su marca en el
muro
con el natural generoso que envuelve en la flor la
ambrosía
o como en el aire sostiene su vuelo nocturno
la estrella bruñida y brillante afirmada en su propia
pureza
y allí del aroma esparcido en las bajas riberas

tú y yo recogimos mastrantos, oréganos, menzelia,
espadañas:
el herbario interregno que solo el amor recupera en
las costas del mundo.

LA AMISTAD

Amigos, oh todos, Albertos y Olgas de toda la tierra!
No escriben los libros de amor la amistad del amigo
al amor,
no escriben el don que suscitan y el pan que
otorgaron al amante errante,
olvida el sortílego mirando los ojos de puma de su
bienamada
que manos amigas labraron maderas, elevaron
estacas
para que enlazaran en paz su alegría los dos
errabundos.
Injusto o tardío tú y yo inauguramos Matilde en el
libro de amor
el capítulo abierto que indica al amor lo que debe
y aquí se establece con miel la amistad verdadera:
la de los que acogen la dicha sin palidecer de
neuralgia
y elevan la copa de oro en honor del honor y el
amor.

LA CHASCONA

La piedra y los clavos, la tabla, la teja se unieron: he
aquí levantada
la casa chascona con agua que corre escribiendo en
su idioma,
las zarzas guardaban el sitio con su sanguinario
ramaje

hasta que la escala y sus muros supieron tu nombre
y la flor encrespada, la vid y su alado zarcillo,
las hojas de higuera que como estandartes de razas
remotas
cernían sus alas oscuras sobre tu cabeza,
el muro de azul victorioso, el ónix abstracto del
suelo,
tus ojos, mis ojos, están derramados en roca y
madera
por todos los sitios, los días febriles, la paz que
construye
y sigue ordenada la casa con tu transparencia.

Mi casa, tu casa, tu sueño en mis ojos, tu sangre
siguiendo el camino del cuerpo que duerme
como una paloma cerrada en sus alas inmóvil
persigue su vuelo
y el tiempo recoge en su copa tu sueño y el mío
en la casa que apenas nació de las manos despiertas.

La noche encontrada por fin en la nave que tú
construimos,
la paz de madera olorosa que sigue con pájaros,
que sigue el susurro del viento perdido en las hojas
y de las raíces que comen la paz succulenta del
humus
mientras sobreviene sobre mí dormida la luna del
agua
como una paloma del bosque del Sur que dirige el
dominio
del cielo, del aire, del viento sombrío que te
pertenece,
dormida, durmiendo en la casa que hicieron tus
manos,
delgada en el sueño, en el germen del humus nocturno
y multiplicada en la sombra como el crecimiento del
trigo.